

chacho matthews

EL OLOR DE LA VIDA

Primer Premio
Certamen Literario «Benito Crivelli»
2000



PRO CULTURA SALTA

PRÓLOGO

El lector que toma contacto con *El olor de la vida* comienza a transitar por calles y pueblos del NOA, por la vida de los personajes, por fragmentos de sus historias. En esta obra lo cotidiano, aquello que es simple, intrascendente, adquiere un sentido profundo, y en el transcurrir del tiempo, con retrospectivas y proyecciones, nos introduce en el verdadero sentido de los hechos narrados.

Los personajes habitan un mundo donde la realidad y la ficción se entremezclan en un ir y venir de hechos que reflejan la esencia del hombre, su soledad, su pasado o su presente. Éstos tienen una dimensión que va más allá del propio autor, son seres reales con una existencia que revela su propia historia, la de sus pueblos, sus ciudades, y es entonces cuando la descripción se transforma en un recurso, estética y significativamente, valioso por su precisión, por ser una pincelada que en un solo trazo nos permite descubrir mundos conocidos pero al mismo tiempo nuevos. Allí, los personajes transitan de la mano del destino que, en un camino paralelo, va trazando senderos que giran, se unen, se dispersan, siempre en busca de un destino final, único en lo individual y total en un segundo plano de lectura.

El proceso creativo se plasma en cada cuento o relato, o mejor dicho, en la palabra cuidada y libre que construye redes de sentidos que conforman textos diferentes, pero unidos por el hilo invisible de una génesis común, que encuentran en “Medinas” el origen de la creación.

Literatura del NOA, poder de la palabra polisémica, realidad social, individuos arquetípicos, son el resultado del trabajo de un autor que supo hacer de “Medinas” un “laboratorio” de creación, en donde las piezas se fueron entremezclando para establecer un estilo propio, donde la palabra fue trabajada cuidadosamente y, así, la metáfora adquiere un significado revelador, tanto que, por momentos, asume un poder devastador, otras veces, afectivo, y no pocas, nos introduce en una verdad social donde el ser se descubre a sí mismo y quita el maquillaje a una sociedad que encubre, oculta o disfraza la realidad.

Fui testigo del nacimiento de muchas historias y personajes, de diferentes versiones, por eso puedo afirmar que los hechos narrados y sus habitantes fueron creciendo de la mano de este “ciudadano del NOA”, de este agudo observador de la realidad que es chacho matthews, quien supo definirlos y ubicarlos en el marco adecuado de un tiempo sin tiempo, para que revivan sus propias historias a través de la palabra, las imágenes, los perfumes y lograr así una síntesis de relatos en donde en cada lectura descubrimos “El olor de la vida”.

Celia Banab

Salta, diciembre de 2000

MdM

*Y*o no maté a MdM; se murió solo, por figurar en la dedicatoria de la primera versión de este relato que escribí en un sueño.

Lo conocí a través de un libro de su autoría, un domingo de primavera.

Ese día me desperté pasadas las doce. Desde mi cama me regocijé mirando el mango del jardín de la casa que alquilaba en Tafí Viejo. A eso de la una de la tarde me fui a la Ciudad¹; en el camino decidí almorzar en Lisandro, seguramente habrían preparado tripas rellenas.

Como era mi costumbre, me senté en la barra. Mientras esperaba la comida, leí, en el Suplemento Literario de La Gaceta, la crítica de un libro de MdM que podría aportarme las herramientas necesarias para aprender a cortar y corregir mis escritos.

El lunes lo compré en El Griego. Esa misma tarde lo leí. Por la noche apliqué lo aprendido a mi relato “Medinas”. Luego, le escribí al autor comentándole la utilidad de su obra. Como muestra, le adjunté el comienzo de “Medinas” antes y después de leer su libro.

Este vicio de escribir comenzó en una etapa de mi vida en la que la soledad, como perro de carrero, iba conmigo a todas partes. Surgió una noche de octubre; era viernes y deambulaba por las borracherías de San Miguel de Tucumán: aburrido y harto de vino. A eso de la una de la mañana regresé al departamento que alquilaba, en ese entonces, en la calle Laprida. Prendí la computadora y terminé de hastiarme con un solitario. Luego, traté de amainar la angustia escribiendo algo.

Tipeaba un párrafo y lo borraba. Así estuve largas horas hasta que comencé a escribir febrilmente, como si alguien me dictara desde adentro. Era la historia de un referí de fútbol que, transgrediendo una regla no escrita, pudo escapar, por un instante, del sino gris de ingenio azucarero.

A eso de las nueve de la mañana me preparé un café y salí al balcón leyendo la primera versión de “Maturana”. Así empecé.

Luego vino “Medinas”, un relato de la historia de un pueblo del sur de Tucumán que se murió de olvido. Con el tiempo, esta narración se transformó en mi laboratorio de literatura; llegué a escribir ochenta y tres versiones de ella.

De “Medinas” se desprendieron, después, otras historias.

Cuando el represor militar, convertido en gobernador constitucional por el voto de los tucumanos, enfrentó la primera protesta popular de su mandato, mandó a arrancar las naranjas agrias de la plaza Independencia. La situación me pareció tan grotesca que decidí narrarla relacionándola con la receta de la mermelada de naranjas agrias que solía hacer mi madre. Como era de esperar, al escrito se lo dediqué a ella. Un tiempo después, cuando el relato tuvo vuelo propio y abandonó mi patria potestad, mi madre falleció.

Luego, homenajé a los amigos con narraciones en las que de una u otra manera participaban ellos. Así, a Roque Rivadeneira lo transformé en Roque Zoria, el personaje que cuenta la historia de “Medinas”. A los dos años, Roque murió al caerse del tinglado que estaba construyendo.

¹ Regionalismo con el cual los habitantes del interior de la provincia de Tucumán se refieren a la ciudad capital, San Miguel de Tucumán.

En retribución al afecto recibido por parte de Pepe Núñez, a lo largo de años, decidí agregar su apellido en “Los fantasmas de la calle San Luis”. Al tiempo falleció Pepe.

A partir de esos hechos, no le dediqué a nadie más mis escritos.

Como a la semana de haberle enviado la carta a MdM, llegó su contestación por el e-mail. Me costaba creer que el autor del libro me hubiera respondido. En su respuesta, me felicitaba por mis progresos y me alentaba a seguir trabajando. Por otra parte, me decía que le gustaría ver cómo seguía el relato ya que el comienzo lo había atrapado. Luego, me pedía si podía enviarle el recorte de la crítica de su libro por correo. Al final, se despedía muy afectuosamente.

Le contesté y ansiosamente le envié “Medinas”, junto con la separata periodística.

En el primer viaje que hice a Buenos Aires, luego de conocernos epistolarmente, MdM me invitó a cenar a su casa. Esa noche quedamos de acuerdo, aranceles incluidos, en iniciar un taller literario virtual. Le pagué, por adelantado, diez horas de trabajo.

Como era de esperar, quise comenzar la tarea con “Medinas”.

En la primera lección, entre otras cosas, MdM me decía que el cuento no lo convencía. Su final era muy abrupto y había muchos elementos dispersos.

“Habría que desarrollar el tema fantástico: si trabajaras con un criterio de estilo más preciso, te ‘obligarías’ a contar lo sobrenatural con más detalle. De ahí vendrá la progresión de la historia”, me aconsejaba.

Luego, señalaba los puntos fuertes del relato: “Buen sentido de la descripción, a veces atemperado por exceso de ‘poeticidad’.

Buena atmósfera, representativa de nuestro medio (pensando en eso no te sugerí demasiados cambios en los elementos poéticos).

El cuento avanza como un reloj: la estructura es excelente hasta el momento final que, como ya te dije, necesita ampliación”.

Luego de hacer las cuentas sobre las horas invertidas y las que quedaban a mi favor, se despedía afectuosamente.

Después de la crítica de MdM, durante casi seis meses leí sobre teoría del cuento y decidí que “Medinas” no sería un cuento, sino un relato o narración sin género. Llené hojas y hojas con intentos y correcciones, le agregué lo que creí que eran los elementos necesarios para evitar el abrupto final y, como me lo había indicado MdM, le di mayor presencia al personaje diabólico.

De “Medinas” se desprendieron cuatro relatos, narraciones, cuentos o lo que sean. Definir su género, a esta altura, me resulta superfluo.

Reuní todo el material y se lo envié a MdM. Como a los ocho meses recibí su contestación donde, entre otras cosas, me decía: “Noto esta versión mucho más abigarrada que la anterior. Sinceramente, el texto está tan inundado de ‘poesía’ e información anárquicamente suministrada, que se hace difícil entender.

Probá de contar las cosas como son.

Si después de todo lo que vimos —y que, según me contás en tu carta, has visto con otros autores— seguís empeñado en este estilo, poco puedo sugerirte en esta lectura. Me da

la impresión de que, para vos, esto está fenómeno.

Roque Zoria no tiene razón de existir. La historia no lo necesita al Roque, porque no ofrece ningún punto de vista personal ni diferente.

Pensá a “Medinas” como novela. Creo que se lo merece. Quizá tu afán de poetizar tenga más que ver con esa necesidad de expansión geométrica que, en términos literarios, se llama novela. Vos verás”.

Me sentí como un niño de escuela primaria reprendido por su maestra.

Nunca recibí el resto del material que MdM prometió enviarme, ni tampoco la cuenta sobre las horas que había utilizado.

De la experiencia de este “taller virtual”, me quedó el sabor de la frustración.

Al tiempo, una revista cultural de Salta publicó “Mermelada de naranjas agrias”. El Tribuno hizo una crítica aceptable.

Esa noche, me soñé escribiendo este relato, narración, cuento o lo que sea; tratando, como me había aconsejado MdM, de contar las cosas como son. Cuando estuvo terminado, cortado y corregido se lo dediqué, en el sueño, a MdM.

Hoy me enteré, por Internet, de que había muerto.

Maturana

*A la memoria de Alberto Raúl Matthews,
hombre con sino de ingenio azucarero.*

Cuarenta y cuatro años después tuve el coraje de volver a Villa La Trinidad. Me acompañaba mi hija Eloísa de siete años, es decir, un niño de la misma edad que tenía yo cuando me escapaba a la hora de la siesta para ir a Medinas, pueblo fantasma que está al lado del ingenio. Hoy, los dos pueblos se van diluyendo, de a poco, en cada corpúsculo de ladrillo desgranado.

En Trinidad me encontré con los duendes de mi niñez: la casa familiar, la escuela, las ruinas del bar del anarquista Ennio Bertelli y el viejo cine que, destechado y carcomido, yacía en los últimos estertores.

El precario estadio de fútbol aún guardaba los sueños simples de hombres machucados por la vida de ingenio azucarero. En aquel entonces, el Sportivo Trinidad estaba afiliado a la entidad que nucleaba a los clubes de las poblaciones vecinas a la ciudad de Concepción: la Liga Tucumana del Sur de Fútbol.

Por un destejido del alambrado me metí en la cancha; al llegar al círculo central, me quedé mirando el arco donde Julio Maturana hizo añicos su pena.

Julio vivía en Medinas. Durante la semana trabajaba de cadenero en el ingenio; los domingos era referí de la Liga. Algunos sábados, por la tarde, lo ayudaba a mi viejo en las tareas del jardín y el gallinero. Mientras trabajaba, pacientemente me comentaba los incidentes del partido que había dirigido el último domingo.

En sus años mozos, jugando de wing izquierdo para el ingenio Santa Ana, había logrado dividir la opinión de la hinchada: unos insultaban a su madre, los otros al padre.

En su cuerpo, además de su inocultable panza, le pesaba el duro trabajo del canchón, el sol chamuscador del verano y el cuchillo traicionero del viento de los inviernos.

Hacía muchos años había cambiado la esperanza de un gol inolvidable por vinos sin aspiraciones hasta que, en el año 52, le tocó dirigir dos partidos del Sportivo Trinidad que fueron decisivos en el Torneo Anual. Uno contra San Ramón, el otro con el Deportivo Aguilares. En el primero, la indignancia de los pueblos del sur tucumano le jugó una mala pasada; lo que pasó en el segundo quedó, por años, grabado en la memoria del pueblo.

Llegada la última fecha del campeonato, el Sportivo compartía la punta con el Deportivo Aguilares. Había liderado holgadamente casi todo el torneo pero, luego de una pandémica trifulca en el partido con San Ramón, comenzó a perder puntos por la suspensión de su cancha y de la mayoría de sus titulares.

La causante de la gresca fue la pobreza pero, como siempre, ambos bandos culparon al referí.

La camiseta de Trinidad era blanca con una banda verde en diagonal. La de San Ramón se diferenciaba porque la franja era azul. Ambas, con los años, habían mutado a un gris lavado uniforme. Los pantalones, en sus orígenes negros, a fuerza de agua y jabón viraron a una mezcla cenicienta de tierra y carbonilla de canchón de ingenio. El partido duró tan solo trece minutos. Maturana cobraba acertadamente las infracciones pero, a causa de la

uniformidad de los atuendos, las asignaba erróneamente. La bronca se hizo unánime: todo el mundo lo puteaba. A partir de allí, las piñas se repartieron indiscriminadamente.

Finalmente llegó el domingo del partido con el Deportivo. Cuando la Liga lo designó como árbitro del encuentro, Maturana se tranquilizó al enterarse de que los de Aguilares tenían camisetas nuevas.

Por la mañana, cumpliendo con su liturgia dominguera, planchó su remendado y brillante atuendo negro. Luego, lo envolvió cuidadosamente con un papel de diario, junto al silbato y un amarillado reglamento.

“LIGA DEL SUR (Concepción) - Sportivo Trinidad y Deportivo Aguilares dirimirán hoy, a partir de las 16, en el estadio del primero, quién será el campeón del Torneo Anual que hace disputar la Liga Tucumana del Sur de Fútbol”, informó escuetamente, ese domingo, el diario La Gaceta.

Bolsas de arpillera blanqueadas con cal rodeaban la cancha. Por fuera, bordeando el límite blanquecino, una ristra de carros cañeros indicaba la trascendencia del evento y sumaba a la capacidad del precario estadio. En el interior, apretujados contra el alambrado, los hinchas porfiaban por el privilegio de un resquicio que les permitiera escapar, fugazmente, del sino gris de sus días.

El partido fue áspero, tenso y sin goles. El silencio de las hinchadas mostraba la frustración del cero a cero. Al cumplirse el tiempo reglamentario, Maturana dio un minuto de descuento. El Chueco Coria, wing derecho de Trinidad, recibió la pelota de un rebote al lado del banderín del corner; la amansó con la suela del botín, giró hacia adentro, con la zurda y con un sombrero descalificó al back izquierdo que le salía al cruce, sobre la raya envió el centro. Maturana vio venir el balón y se olvidó de todo, dio dos trancos y comenzó a elevarse. ¡Era una línea recta en el cielo! Quebró el cuello y la cintura y, con un frentazo justo y seco, la clavó en el ángulo izquierdo. En el denso silencio de la sorpresa señaló el centro del campo y, con tres pitadas, indicó el final del encuentro. A la carrera buscó la salida.

Cuando los hinchas reaccionaron, Maturana ya esquiaba sobre el manto de tierra y carbonilla de la entrada del canchón del ingenio. Frente al cine, los de Trinidad lo alcanzaron y, sin detener la corrida, entre vítores, lo levantaron en andas. Maturana volaba de brazos en brazos. A menos de un tranco venían los de Aguilares con los puños en alto. Cuando llegaron al Bar, Ennio Bertelli, subido al mostrador, arengó a ambos bandos y todos terminaron, entre vinos desvelados, vivando el gol reivindicador de Maturana y puteando al orden establecido.

Cuando salimos de la Villa vi, en otras caras, a los mismos hombres. Llevaban en sus miradas el sino gris de ingenio azucarero.

—Papá, ¿en tu escuela te enseñaban computación?—preguntó, inocentemente, Eloísa.

Medinas

A la memoria de Roque Rivadeneira

La noche que Roque Zoria me contó la historia de la muerte de Medinas, la luna le esculpía el rostro con los cinceles de la memoria y el misterio.

Cuando salí de su casa, no sabía si el pueblo había desaparecido porque el ferrocarril no pasó por allí, o porque desde antes de su fundación estaba predestinado a morir.

Lo que tampoco supe es si Roque conocía la historia por lo que decía haber visto en una fotografía, o era un fabulador de aquellos que uno escucha tan sólo por la belleza de sus relatos.

—La desaparición de la villa quedó plasmada en una foto y en el polvo rojo de las paredes corroídas por el olvido —comenzó diciendo, poéticamente, Roque. El vino, como si le lubricara el alma, lo ayudaba en el relato.

—Muchos dicen que el paso del ferrocarril por Concepción selló la suerte de la villa, pero eso es sólo una parte de la historia. El fin de Medinas estaba marcado desde antes que su fundador, el Capitán Gaspar de Medina, saliera de España hace ya casi cuatrocientos años —Roque se quedó en silencio, sacó una foto de un baiud y agregó—: La fatalidad estaba en el apellido Medina, que significa casco viejo de ciudad árabe.

Dicen que antes de partir rumbo a las Indias, una extraña mujer le advirtió: “Capitán, este viaje es tu desgracia y la de tu familia. Fundarás un pueblo que llevará tu apellido y se morirá de olvido. La desgracia y la pobreza caerá sobre tu casta que perderá los feudos conquistados. La incomprensión y obstinación de los nuevos señores de tus tierras hundirán al pueblo en el abandono; tomarás revancha anticipada decapitando la descendencia de los nuevos amos en el acto fundacional de su estirpe. En una monta albina, deambularás eternamente acompañado por un coro de brujas que danzarán alrededor de una loba ciega que parirá corderos degollados. Nunca encontrarás paz”. —Roque hizo un alto, se sirvió un vaso más de vino y se quedó un largo rato mirando la foto.

—El desenlace de la historia sucedió a fines del siglo diecinueve, cuando un tal Trinitario Medinas ejecutó la sentencia anunciada. Toda la historia quedó grabada en la foto que sacó un gringo desde el campanario de la iglesia—dijo Roque, continuando con el relato y mostrándome sólo el dorso de la fotografía que tenía en sus manos—. Cuando Trinitario llegó al pueblo montado en una mula albina, con armadura y morrión de soldado de la conquista, todos se rieron cuando dijo que era el Capitán Gaspar de Medina.

Cuentan que en una de las esquinas de la plaza, con una espada toledana en alto, anunció: “Vengo a cumplir con la sentencia que está amalgamada a mi vida desde hace siglos cuando salí de España rumbo a estas tierras, donde a las ciudades viejas se las condena al olvido. Todo lo vi en el tiempo de las cenizas futuras del Universo, hoy, en este pasado, tomaré desquite por la mortaja de polvo rojo que cubrirá la villa. El llanto será de todos, y será por mí y por ellos y al final no será de nadie, ni por nadie, porque el olvido vaciará el odre de las lágrimas”.

En esas épocas, Medinas era cruce de caminos y lugar de encuentro de atiborradas carretas. Casonas señoriales y calles adoquinadas con piedras bola mostraban los buenos tiempos. En la plaza, se ofrecían frutos y verduras, animales, granos, especies, telas, cueros,

arneses, metales, espejos, abalorios, músicos, profetas, meretrices, cartas astrales, tullidos y todo aquello que pudiera servir para el comercio.

El gringo que sacó la foto terminó sus días internado en un manicomio. Al día siguiente de su arribo, en el templo y en el pueblo, todo estaba en función de la boda del hijo del principal terrateniente de la zona y opositor al paso de las vías por sus tierras: don Saturnino Lobo.

Luego de convencer al cura del pueblo, el gringo subió al campanario con su cámara fotográfica

El casamiento se realizó como estaba previsto: con mucho boato y una multitud de invitados de todas partes, inclusive, dicen, que hasta de Buenos Aires habían venido.

Cuentan que al final de la ceremonia Trinitario Medinas se acercó a los novios y con un solo movimiento, desenvainó su espada toledana y decapitó al hijo de Lobo.

El aullido de la madre del degollado quedó flotando como un viento helado que, con el tiempo, desgarró los vientres de otras madres y anuló las voluntades de los hombres ulcerando sus miradas. Las paredes de las señoriales casonas, atacadas por la carcoma, pintaron el aire con el polvo rojo de cada ladrillo devorado y un coro de cuervos cetrinos vomitó el graznido de la muerte.

Las vías finalmente pasaron por la Inmaculada Concepción de la Ramada que, en aquel entonces, sólo era un exiguo caserío.

Muchos se preguntan hoy cual habrá sido la razón que llevó a Trinitario a degollar al hijo de Lobo.

Para mí está muy claro: Trinitario es Gaspar de Medina que regresa, reencarnado, a vengar anticipadamente al pueblo que desapareció por la actitud de Lobo.

Ésa es, mi amigo, la historia de la muerte de Medinas —terminó diciendo Roque Zoria, con la mirada fija en el piso y la foto del Sportivo Trinidad entre sus manos.

El jinete de la mula albina

La tarde que llegué a Medinas era como ahora, pegajosa. Como esta pieza, caliente y húmeda. Ese día se me apareció, por primera vez, el moro, montado en una mula albina. Ahora lo hace todos los días, cabalgando por entre la humedad verde que chorrea de las paredes de este cuarto, adonde me trajeron los delantales blancos, al otro día de la muerte.

Venía desde San Miguel de Tucumán, con el calor internado en los huesos, a determinar la traza definitiva del ferrocarril a Lamadrid. Una mula carguera transportaba el equipo topográfico, la cámara de cajón y el whisky Bowmore, de la Isle of Islay, que traía ese día. Ahora, en esta pieza, sólo me dan agua, los delantales blancos.

Al poniente vi cómo el cielo azulaba las montañas y el cabrilleo del exiguo caserío de la Ramada. Luego de vadear el Río Gastona, donde los animales abrevaron, me senté debajo de un algarrobo a tomar respiro y unos tragos de la cantimplora. Mansamente me dejé transportar por el milenario misterio del lugar, como me transporta, en este cuarto, el silencio viejo de las rejas.

Un resoplido me sacó de las cavilaciones. Me di vuelta y me encontré con un moro montado en una mula blanca, que me vigilaba desde un par de cuencos oscuros como el Averno.

Nos saludamos parcamente. Le pregunté qué dirección debía seguir para llegar a Medinas. Cuando volví la cabeza, luego de mirar la dirección señalada con el brazo, el moro había desaparecido.

Conmovidó, sin entender, reinicié la marcha. Con las primeras sombras y con la resaca auestas llegué a Medinas.

En una esquina de la plaza y en diagonal con la iglesia, estaba la fonda con cinco aberturas rematadas en arcos. Las de los costados, enrejadas, oficiaban de ventanas. Por la del centro accedí a un gran salón donde los diferentes sectores se distribuían de acuerdo con el uso; en uno de los extremos, un mostrador se extendía a sus anchas, de pared a pared; en la otra punta se acopiaba lo obligatorio para mulas, bueyes, caballos, sulkys y carretas; en el medio, pululaba el comedero congregando aromas, expectativas, trueques, historias, distancias y soledades. En el mostrador pacté el alquiler de una habitación con pensión completa. Con gesto pétreo, el dueño ordenó a una vieja criada que me acompañara hasta mi pieza y que luego llevara los animales a la acemilería.

Guiado por la mujer traspuse el corredor que desembocaba en un patio empedrado. El milagro del flamante verdor de una añosa parra y el aljibe me refrescaron; enfilados a ambos lados estaban los cuartos, como están éstos, cuyos techos, alfombrados con musgo, lloran en silencio sobre helechos carnosos.

Luego de desempacar quise desprenderme del amasijo de sudor y tierra que me cubría. En un cuchitril de tablas, con techo de paja, una bordelesa cortada a lo largo oficiaba de tina.

Después del baño me quedé disfrutando de la frescura del agua. Con los ojos cerrados busqué la imagen de mi lejana isla. Un repentino espasmo me sobresaltó y, a través de la ventanita del cuartucho, vi pasar, otra vez, al moro, como lo hace, a menudo, por esta pie-

za.

Me vestí rápidamente y me dirigí a la fonda, quería tranquilizarme tomando unos whiskys.

Después de cenar me quedé en el comedor pensando en la tarea que debía realizar al otro día. Necesitaba un lugar lo suficientemente alto para tomar las fotografías; la torre del campanario de la iglesia parecía el sitio adecuado. Con esos pensamientos me fui adormilando; la silueta del moro, montado en una mula alada, me sobrevolaba el sueño, como ahora, que se pasea por el aire verde y húmedo de esta pieza. Un estruendoso carcajeo me despertó y me fui a mi cuarto.

A la mañana siguiente me recordé cuando un gallo, batiendo las alas, aplaudió al sol inminente. Sobre la mesa de luz había dos botellas de whisky vacías.

Luego de asearme en el aguamanil alisté el equipo para iniciar la tarea. En las primeras horas hice una recorrida por los alrededores del pueblo. Cerca del mediodía ingresé a la Iglesia llevando la máquina de cajón, las placas sensibles y el equipo topográfico.

El cura del pueblo, un anciano alto y flaco, salió a recibirme. Le dije que era el topógrafo de la Railway Company y debía determinar el trazado definitivo de las vías; para eso necesitaba tomar algunas fotografías desde arriba, desde el campanario de su Iglesia.

El cura, alisándose las canas y moviendo la cabeza, me hizo saber que había llegado en un momento inoportuno, que los aprestos que podía observar eran para la boda del hijo de don Saturnino Lobo, dueño de las tierras de muchas leguas a la redonda y obstinado opositor al paso del ferrocarril por sus feudos, quien estaba dispuesto a impedirlo, aun a costa de su vida, según lo expresaba a los cuatro vientos. El casamiento uniría a las familias más importantes de la zona: a los Lobo de Medinas y a los Saracho de Gastona.

De todas maneras, el cura, intrigado por cómo se sacaba una fotografía, accedió a acompañarme hasta el campanario y se ofreció a llevar algunos bártulos.

Subimos lentamente por las empinadas escaleras haciendo varios altos para tomar resuello. En todo el trayecto el preste no paró de preguntar sobre el funcionamiento de la cámara y cómo se sacaba una foto. Al llegar, resoplando, nos liberamos del incómodo equipaje.

Me asomé por la ojiva del campanario que daba a la plaza y, luego de admirar las moradas flores de los tarcos, me dispuse a montar la cámara fotográfica y el equipo.

El cura consultó su reloj y, rogándome que no dejara de mostrarle las fotos, desapareció por la escalera.

Luego de armar la cámara comencé la tarea. Con el catalejo analizaba la topografía de los alrededores y con el telémetro medía las distancias que luego anotaba cuidadosamente en mi cuaderno. Cuando descubría algún detalle interesante de la plaza, tomaba una foto. Así estuve un largo rato. A menudo, los preparativos de la boda me distraían. De pronto, en la esquina opuesta a la iglesia, vi al moro con la mula albina y sentí un pestilente vaho de vapor de azufre que venía de las copas de los tarcos. Tomé el catalejo y me estremecí al comprobar que se había esfumado. La resaca no me permitía separar si lo ocurrido era producto del whisky o de la realidad, como en esta pieza sin alcohol, en la que tampoco puedo discriminar la realidad del sueño.

Al finalizar la ceremonia una multitud ajena y alegre pugnaba por acercarse a los novios. Por las copas de los árboles vi cruzar un rayo. Otra vez la maldita resaca, pensé.

El cortejo montó a caballo y comenzó a girar alrededor de la plaza remolineando las

espadas. El novio llevaba la cabecera y un clavel rojo en el ojal de su solapa. En dirección opuesta, de cara al campanario, vigilándome, venía el moro. Desenvainar y describir el círculo cercenador de su espada fue una sola acción. La cabeza del desposado rodó por el empedrado y se paró al pie de un laurel con el espanto pegado a la tierra.

En ese instante abrí el obturador. Cuando revelé la fotografía, inexplicablemente, sólo se veía al novio con la muerte pegada al ojal de su traje y, en la esquina opuesta a la iglesia, al moro con su mula albina.

La foto va completándose con cada uno de aquellos habitantes del pueblo que muere. Así van apareciendo, de a uno, todos, impecables, con las galas de ese día y, además, van revelándose los edificios del pueblo con el esplendor de aquellos tiempos.

Y aquí tengo la fotografía, viva, junto a mis recuerdos, vagos, sobre la selva verde que chorrea desde las paredes, calientes y húmedas, de esta pieza, de este lugar incierto, donde me trajeron, hace tiempo, los delantales blancos.

Mermelada de naranjas agrias

*A quien fuera el último vestigio de una estirpe
extinguida: doña Blanca Amanda Cuello*

Doña Blanca Aybar elabora mermelada de naranjas agrias con la receta que le pasó la vecina inglesa, cuando vivía en el ingenio La Corona y que guarda celosamente con los candados de la ambigüedad.

En la amplia cocina de su casa de Tres Cerritos cepilla uno por uno los dorados frutos —“para sacarles toda la mugre”— dejándolos relucientes como pepas gigantes de oro. Este año, a juzgar por el aspecto de la rugosa y gruesa cáscara, calcula que la pectina es abundante —“Al final de todo, el secreto está en la pectina que es la que agruesa la mermelada”—.

Mientras las deja al sol, para que escurran y se sequen, pesa, con su vieja balanza, dos kilos setecientos de azúcar; ya le dijeron que ese vetusto artefacto miente, pero ella no toma en cuenta la advertencia —“ésa es la cantidad justa para seis naranjas grandes o siete medianas”—.

En la alacena sólo le quedan dos frascos del anteaño pasado. El año pasado no pudo conseguir la fruta —“ésa que me traen de una plaza de no sé dónde, que son las mejores”— no sabe bien si es que se olvidaron o será cierto que en una noche de un martes de mayo, misteriosamente, como por arte de magia, desaparecieron todas.

—No quedó una ni pa’ dulce —le dijeron.

A las cinco de la mañana, bañado en transpiración, don Marcial Argentino Coronel percibe que los días venideros, a ese miércoles de mayo, para bien o para mal, circularán por otros cauces —“La puta que hace calor, no es normal para esta época” —piensa.

Para las diez de la mañana de ese día, la Coordinadora General de Trabajadores organizó la primera jornada de protesta en lo que va de su flamante mandato. —“Ésta será la primera pulseada, vamos a ver cómo les va” —dice, para sus adentros.

Sabe que, como es costumbre, la Plaza Principal es el escenario elegido.

Cuando las naranjas están secas, doña Blanca las repasa con un paño suave y elige las mejores. De las doce que le trajeron toma siete medianas, afila el cuchillo y sobre la tabla —“que me hizo Raúl en el Ingenio San Isidro cuando recién nos casamos”— les rebana los polos y hace cuatro escisiones meridionales —“para desgajar la cáscara”— a cada gajo lo va fileteando en tirillas finitas —“para que una vez terminada la mermelada, se las vea transparentes”— luego toma el fruto y lo circuncisa —“sin que el corte llegue al centro, para no cortar las semillas”— con una torsión separa las mitades, a continuación quita el hollejo separando la pulpa de las semillas. Saca la cacerola dulcera y un jarro de aluminio consumido por el intenso trajín de los años —“es la memoria de esta casa”—. Pone la pulpa y las hilachas de las cáscaras en la cacerola, con diez vasos de agua —“como en el que mi papá, allá en San Juancito, tomaba su jerez”—.

Pone las semillas en el jarro —“con sólo dos vasos de agua, estas naranjas tienen mucha pectina, la baba que recubre las semillas es espesa y abundante, voy a agregarle a la pulpa un vaso de jugo de las que me sobraron”—. Lava los utensilios, tapa la cacerola con el repasador —“para que respire”— y prepara la bolsita de lienzo donde, al otro día, pondrá las semillas a hervir junto con el preparado —“para que no se mezclen con el dulce”—.

Enciende el televisor y se ausenta con la película del sábado a la noche, por el cable.

El martes a la mañana Marcial Argentino Coronel se comunica con el Ministro del Interior, quien condiciona el envío de la gendarmería a la existencia de un pedido previo por parte de la Provincia: —En salvaguarda de la Autonomía Provincial y de los Derechos Constitucionales, adelánteme la nota por FAX, el original me lo envía por correo privado y créame que haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarlo —miente el Ministro.

Cuando cuelga el tubo, el Gobernador siente la opresión de la soledad —“este hijo de puta me está cagando, qué distinta sería su reacción si a uno del palo de él le ocurrieran estos trances; el ‘Ponja’ estuvo acertado en aquella época al disolver el Congreso de la Nación y suspender las garantías constitucionales. Al fin y al cabo la Constitución y esta democracia de mierda son sólo un estorbo para los únicos que podemos realizar una buena acción de gobierno y hacer la grandeza de la Patria”—.

El domingo, doña Blanca se despierta temprano, rápidamente repasa, desde la cama, la organización de la actividad del día, es el breve ocio que se permite y se pone en marcha nuevamente.

Troza los pollos, sin piel los acomoda en una fuente de aluminio y los rocía con sal y curry —“con sólo un chorrito de aceite”— pela las papas y las cebollas, lava los pimientos colorados, corta bastones gruesos y organiza la verdura en una fuente enlozada, como si estuviera pintando.

Con la bolsita de lienzo cuele el agua de las semillas, cuidando que todo el jugo caiga en la cacerola donde está la pulpa y las tirillas de las cáscaras; cose la bolsa y la introduce en el preparado atándola con un piolín de algodón a la manija de la marmita —“para no quemarme los dedos cuando la saco”—. Pone la cacerola en el fuego —“hay que darle un primer hervor con las semillas, para que larguen toda la pectina”—.

Con un bigotudo escobillón repasa toda casa —“los domingos doy una limpiadita así no más”—.

—El paro de mañana obedece a razones políticas ya que no existen motivos valederos para medidas extremistas. Este Gobierno, que es del pueblo y para todo el pueblo, ha dado muestras más que suficientes de su vocación patriótica y acatamiento a las leyes en vigencia. Llamo a la cordura de los dirigentes gremiales y los invito al diálogo. Éste es un Gobierno de puertas abiertas pero no permitirá, en salvaguarda de la seguridad y de los intereses de la ciudadanía y de las instituciones, que ningún tipo de acción de agentes apátridas, que se esconden en las sombras, altere la paz y el orden —declara el mandatario a los medios locales.

Doña Blanca habla por teléfono con su sobrina Beba, para que al Quique no se le ocurra traer empanadas: —Después sobra la comida y a mí me enferma que se tire, además, debe cuidarse y no comer tantas porquerías; así comenzó Ruben, y él es igualito a su padre, tras de la diabetes ya perdió el ojo izquierdo —advierte.

En la reunión urgente de Gabinete el tema exclusivo es el acto del miércoles. —Señorita, a menos que sea el Ministro del Interior no me pase ninguna llamada —ordena Marcial Argentino Coronel.

—En estos momentos se está haciendo efectivo el pago de los haberes del mes marzo al personal de las Fuerzas de Seguridad, con fondos de la Nación que hemos conseguido liberar —informa el Ministro de Economía.

El Ministro de Gobierno —alertado por los “servicios”— declama alarmado: —Las Fuerzas de Seguridad Provincial son insuficientes para impedir actos subversivos. Se sabe positivamente que infiltrados apátridas repartirán naranjas agrias, entre los concurrentes, para realizar una incalificable afrenta en la persona de Su Excelencia el Señor Gobernador.

—Éste es un tema de su área, Señor Ministro de Asuntos Agrarios. Qué solución propone al respecto —interroga el Gobernador.

—Este... yo opino que la situación debería tratársela en el marco del Decreto de la Barrera Fitosanitaria; y... —no logra completar la frase, un exabrupto estalla en la sala de situación: —¡Dejesé de hablar cagadas, Señor Ministro, y situesé! —grita.

—Señor Gobernador, con todo el respeto, si usted me permite... —tercia el Cola Herrero que, en esos momentos, oficia de ordenanza sirviendo el café en reemplazo de su amigo el Coco Taboada, quichuista santiagueño y guitarrero de ley, ausente con aviso para concurrir al Festival de la Chacarera Trunca en Quebracho Coto.

El gobernador lo mira por sobre los anteojos —“¿Cómo se atreve este negro de mierda a interrumpir la reunión?” —piensa, déspota y con asco.

— ¿Qué es lo que propone usted?, a ver, hable.

—¿Por qué no hace cosechar todas las naranjas agrias y termina con la cosa? —pregunta indiferente el Cola, dentro de su simpleza, rumbeando para la cafetería.

Doña Blanca se va al almacén de la vuelta a comprar el pan y la bebida —“qué estarán haciendo mis nietos, cada uno con su destino”— se pregunta en el trayecto.

De regreso, observa que ya hirvió la mermelada y apaga la hornalla. Desata el piolín de la bolsita, la saca de la cacerola, pone el dulce a enfriar y se sienta a tomar un cafecito instantáneo liviano, mientras pinta la caja de madera que prepara para el cumpleaños de su hija. —“¿por qué no llegan todavía?; seguro que el Quique se fue a comprar las empanadas, este carajito siempre se sale con la suya”—.

Prende el horno —“para que se vaya calentando”— enciende nuevamente la hornalla, agrega el azúcar a la cacerola y la pone a cocinar nuevamente —“echando putas”—. Destapa los frascos que trajo del cuartito del fondo la noche anterior y los pone bordeando la olla —“para que estén calientes y larguen toda la humedad”—.

Bien entrada la noche, casi bordeando la madrugada del miércoles, don Marcial Argentino Coronel grita: —¡González! ¿cómo va la cosecha?, mande un piquete más con dos camiones de Construcciones Escolares.

A las cinco de la mañana la cosecha de las naranjas de la ciudad y sus alrededores está concluida.

Doña Blanca pone las fuentes en el horno caliente justo cuando la Beba y el Quique llegan con una bandeja de humeantes empanadas. Come tres, acompañadas con un vaso de torrontés de Cafayate: —A mí, la comida que más me gusta son las empanadas —agrega, imperturbable.

En el momento en que la mermelada está a punto —“mejor un poquito pasada para un mejor conservar”— apaga la hornalla y la trasvasa en caliente a cada uno de los frascos, tomando la precaución de poner una cuchara de cobre —“para que no se quiebre el vidrio”— y un pedazo de papel de diario —“para que no se ensucie la mesada”—. Con un trapo húmedo limpia las chorreaduras —“después se pegotea y es difícil sacarla”—. Deja que los frascos se enfríen y los sella con parafina derretida al baño de María —“para que no se le hagan hongos y protegerla de las hormigas”—.

La Coordinadora en un parte de prensa evalúa que el acto fue un éxito, a pesar de la antidemocrática acción del gobierno que depredó los naranjos de la ciudad arrancando de cuajo los dorados frutos.

Terminando el día, doña Blanca, mientras teje, se fuma un cigarrillo de origen brasileño que compra a 75 guitas a los bolivianos de la feria de la calle Florida. A contraluz observa, con satisfacción, el dorado resplandor de la mermelada de naranjas agrias, con las tirillas de las cáscaras transparentes y piensa: “¡Mierda que me salió lindo este dulce!”.

La mesada de la cocina y toda la casa relucen, como si nada hubiera pasado.

Los fantasmas de una casa de la calle San Luis

A los amigos que ya no están:

Lucho Falú, Pepe Núñez, El Chala y El Corcho

Fue Baldomero Garmendia quien me contó la historia de la sublimación de unos hombres, ocurrida en una casa de la calle San Luis de San Miguel de Tucumán.

Era un viernes de invierno a la hora del crepúsculo. Al pasar por Caspinchango, volviendo de Tafi del Valle, del cañaveral brotó una música que me acompañó hasta Los Laureles.

En Famaillá me detuve en el bar El Cóndor. Al entrar al salón, sentí nuevamente la música. Los parroquianos la escuchaban con devoción, se miraban y era como si hablaran sin palabras. Con una seña pedí un café y me senté, conmovido, a observar y a escuchar en silencio. En eso estaba cuando se acercó Baldomero pidiéndome un cigarrillo; al preguntarle de dónde provenía la música, se sentó a mi mesa y me contó una extraña historia. Al principio balbuceó mordiendo las palabras como hacen los borrachos. A medida que avanzaba el relato, su fisonomía fue modificándose, el rostro se le iluminó como si un espíritu superior se hubiera apoderado de él. Su lenguaje se hizo fluido.

—Mire, lo que le voy a contar usted no lo va creer, pero ocurrió en la casa que el Gordo Peralta solía alquilar, hace algunos años, en la calle San Luis de la Ciudad —dijo, apurando el último sorbo de ginebra.

—Ese viernes, había ido a Tucumán por unos trámites. Como era mi costumbre me quedé en la casa del Gordo para regresar el sábado. Él se fue al centro por un asunto de polleras; antes de salir, desde la puerta, dijo apurado: “en la olla tenés guiso de fideos, el vino está en la damajuana. Si escuchás ruidos extraños no le des pelota, son los nuevos huéspedes de la casa”.

Calenté los fideos y los comí acompañados de unos vinos, mirando la televisión.

La reiteración de un último vaso estiraba la noche. Creamé que así estaba cuando aparecieron, de a poco, difusos. El primero en llegar fue uno que venía de la Calle de la Sorpresa sin número, de Tilcara. El Diablero le decían. Se sentó y comenzó a juntar las partes, pacientemente, convocando a cada uno en el entresijo de su zamba. Luego vino un santiagueño cara de turco y risa bonachona; un tal Pepe Núñez llegó un poco después con una bolsa llena de palabras; junto a él venía un flaco narigón que traía una guitarra. Al rato se sumaron otros cuatro santiagueños.

Un changuito de sonrisa limpia trajo su tumba, la depositó en medio de la sala —sobre la mesa— para que todos pudieran encontrarla y dejar una flor, una copla, o una lágrima, por esa muerte absurda que les desguazó el alma.

Cuando estuvieron todos, comenzaron a yapar el ritmo de la chacarera con el misterio de la vidala. No sé con qué alquimia trajeron a los duendes de aquel viejo canal de la calle Esteco, el de la vieja Salta: el del Cuchi, el del Barbudo Castilla, el de la bohemia y la magia. Llegaron también los del Alto tucumano, donde anidaba el canto antes que sucumbiera prostituido por sicarios.

Como espectros flotaban en el tiempo, luego materializaron sus fragmentos; cada uno aportó el pedazo que rescató del miedo cuando irrumpió la infamia.

El flaco narigón, llamado Juan, cubrió el cielo con un manto de música, más arriba de las estrellas. Pepe Núñez, sin parar, sacaba palabras de la bolsa; salían volando, cobijándose en las metáforas.

Llenaron la noche con música y palabras. Las paredes se tornaron insuficientes para contener ese torrente que ganó las casas, las calles, las cunetas, las acequias y los ríos. Con el viento fue a los cañaverales; llegando a la selva se vistió de verde y trepó por las montañas. Así siguieron amasando música y palabras. Al final lograron el todo cuando se aunaron al amparo de aquella utopía y estalló el sentido sagrado de su existencia en esa noche mágica de fuego, dioses, juventud e infancia. Juntos, en partículas de luz, se esparcieron por el Universo, enteros, plenos. Juan dejó la guitarra, la música le brotaba de la punta de sus dedos; Pepe Núñez nombraba todo con una metáfora.

Esa noche crearon la Música del Cosmos y la Metáfora sin palabras.

Cuando llegó la mañana se fueron. En un rincón, quedaron la guitarra y la bolsa de palabras.

Desde ese día, todos los viernes, cuando llega la noche, el aire de los pueblos del sur de Tucumán se llena con la Música y los hombres hablan con la Metáfora, sin palabras — Baldomero comenzó a balbucear nuevamente. Lo dejé dormido sobre la mesa del Cóndor.

Cuando salí de Famailá, la Música y la Metáfora me acompañaban. Jamás pude olvidarlas.

Vengo desde el olvido

El proyecto había fracasado y el hormigón del Ministerio de Economía de la Nación sudaba nervioso el colapso. Ordolán Pacífico, autor del modelo económico, se derramó sobre el sillón de cuero y resoplando el aire poluto de la Santa María de los Buenos Ayres se preguntó: “¿Dónde fallé?”.

Abruptamente se paró y quiso despojarse del cemento. Dejó sobre el escritorio los psicofármacos, los ravigoles, las tarjetas doradas, el celular, el pager, la note book, las llaves del BM, el traje de lana de vicuña del Perú procesada en Inglaterra, la camisa de seda china con diseño italiano, la corbata con vírgulas francesas, la camiseta y el calzoncillo del free shop de Ginebra, las medias escocesas y los mocasines de yacaré africano fabricados con tecnología yanqui en las factorías de Taiwan.

Los fragmentos de las acreditaciones de Harvard revolotearon, como mariposas en celo, sobre los palcos VIP de la cancha de Boca que había sido disfrazada de recinto racional yuppie.

Desarraigado y desnudo caminó por Além buscando imágenes pretéritas de su tierra. Le era ajeno el silbo de mil sirenas con escamas de petróleo que llegaba desde la viscosa pestilencia del Riachuelo.

Buenos Aires bramaba como un dragón herido e histéricas bocinas intentaban, vanamente, horadar el taponamiento del puente Pueyrredón para ir a refugiarse en el orbital cepo de sus vidas.

En Retiro, en volandas sobre un sueño, Ordolán se alucinó con las aterciopeladas breñas de la Pampa Grande y el corazón se le vino azul al conjuro de la Pirua² del Sol. Rememoró los cuentos de su abuela Enriqueta contados alrededor de la mesa grande de la cocina.

Desde el recuerdo respiró el NOA. Su corazón cajoneó la síncopa shalaca³ de los bombos y el alma se le enchilaló⁴ con la evocación de Santiago del Estero.

Entre la bruma de la polvareda adivinó la figura de Ramón Álvarez, el cabritero, que con la majada iba multiplicando esperanzas.

Transpiró sensuales esencias de mangos, chirimoyas, y papayas del Ramal chaguanco⁵. El Trópico de Capricornio retumbó en sus venas como caja chirlera⁶ y la baguala se fundió con cantos ancestrales.

Trepando por el Clavillo se acordó de Medinas del Tucumán, el pueblo que no pudo salvarse del olvido.

En la Costanera, mirando el río con veleidades de mar, la soledad se le hizo carne con

² *pirua*: troje de forma cuadrada o cónica para guardar algarroba o maíz.

³ *shalacu-ca*: saladina; de la costa del río Salado de Santiago del Estero.

⁴ *chila, chilalu*: botijitas de barro con una sustancia amarilla y dulce hecha con el polen de las flores donde pone sus larvas la abeja que las hace y que los niños buscan cavando con entusiasmo en la tierra. Los significados de estos términos han sido tomados de: Bravo, Domingo A. *Diccionario Quichua Santiagueño-Castellano*. Santiago del Estero: Ediciones Kelka, Literatura Santiagueña Siglo XX, 1991.

⁵ *chaguanco*: como adjetivo, relativo o perteneciente a los chaguanos, aborígenes chiriguano, que habitan en el norte de la Pcia. de Salta.

⁶ *chirlera*: cerdas de cola de caballo que se incorporan a las cajas bagualeras para que suenen con un tañido chillón y vibrante. Las cajas con este aditamento se denominan “cajas chirleras”.

destino oscuro y húmedo.

—Ñño, vienes muy maltrecho —escuchó que alguien le dijo desde atrás.

Al volverse, Ordolán se encontró con una figura difuminada por el vaho de los bifés de chorizo de Los Años Locos. Era una mujer de carnes flácidas que colgaban de huesos mohosos; en sus ojos llevaba el espectro del dolor. Caireles de estiércol colgaban de su pelo raído y de los hombros descendían los calandrajos de un capote descolorido.

—A juzgar por las apariencias usted no viene mejor—acotó Ordolán, parado sobre la balaustrada.

—Tienes razón, sólo soy una puta vieja de un burdel de Chuquisaca. Vengo desde el olvido, desde una historia infame. Traigo el capote de Castelli jironeado en Huaqui por su tozudez y la de los hombres de la plaza de la Victoria. Llevo sobre mis espaldas las cabezas degolladas de los mártires del Potosí, Cochabamba, La Plata y La Paz. —Ordolán sintió un frío plateado perforándole la osamenta.— Traigo en mi exigua sangre la traición de los decentes a Güemes y la demencia de los jacobinos. Vengo con las llagas de la incomprensión y el abandono del puerto que ahora le llaman Madero.

—Escuchemé señora... —trató de callar a la mujer el economista de Harvard.

—Vengo desde los fundamentos de los hombres de la Universidad de Charcas.

—Señora, por favor... —alcanzó a decir el globalizado jacobino.

—No habrá Patria sin historia verdadera, sin raíces, sin solidaridad. Somos la Patria descartada —agregó la mujer elevándose con los vientos húmedos del Río de la Plata que la entronizaron en la estatua de la Libertad de una plaza del NOA, esculpida por Lola Mora.

Ordolán se quedó mirando el río parado sobre la balaustrada que limitaba la vida y la muerte.

Teresita María Anastasia y su libreta de tapas negras

A quien corresponda

Los cristales biselados del ventanal de la mansión juegan con los rojos del atardecer. Ajena al espectáculo, una anciana en silla de ruedas examina con una gruesa lupa una libretita de tapas negras. La nariz casi roza el papel. Un gesto de satisfacción ilumina su cara, como si estuviera en el clímax de un orgasmo pleno. Luego, guarda la libretita en el bolsillo de su andriana y, con un gesto de su mano, ordena a la enfermera que la lleve al baño.

En las espalderas de los manzanares del Alto Valle cuelgan caireles de hielo.

Cuando regresa al ventanal, mira indiferente la sangre del crepúsculo derramada sobre la nieve, levanta la cabeza y cierra los ojos como queriendo recuperar, con la poca memoria que le queda, los recuerdos que la arteriosclerosis ha sepultado.

Me llamo... mejor dicho, me llamaba Teresita María Anastasia Batista; después me cambié de nombre porque ése no me gustaba. Fue al vicio, porque ahora en todo el Valle me conocen como La Señora.

¿Por qué me asaltan estas imágenes del pasado? Las de Tucumán, cuando éramos chicos; las vacaciones en Villa Adela, en la época en que nuestro padre era un oscuro tenedor de libros de los Padilla y soñaba con ser socio del Jockey Club.

Recuerdo los nervios de mamá el día del baile de gala del 9 de Julio cuando Rosinhia, mi hermana, se presentó en sociedad. Esa noche papá creyó que se recibía de chucheta. Yo no llegué a presentarme por culpa de las ideas comunistas del Zurdo. Por él también me expulsaron del Colegio Santa Rosa, fue cuando descubrieron que lo acompañaba a las manifestaciones estudiantiles. Me daba miedo y vergüenza ir, lo hacía sólo por estar al lado de él. Luego nos casamos porque me embarazó por segunda vez y no quiso que me hagan otro aborto. Después vinieron los otros legrados, los que hice a cara descubierta. El último fue el más complicado, todavía estaba casada con el Zurdo. Él, como si presintiera mi dilema, se mantuvo ajeno. Me fui sola, no sabía de quién era el embarazo, como ocurrió después con Hernán, el menor. Siempre me quedó la duda. A veces lo veía igualito al Zurdo y otras al Benito. ¿De quién habrá sido?, bah..., qué importa, si después, cuando me lo traje, le borré la imagen del Zurdo y terminó diciéndole papá al Benito. Al principio estaba confundido hasta que se acostumbró. Ninguno de los tres se merecía un padre como el Zurdo. Después de comunista se hizo bohemio. Siempre fue un irresponsable.

Cuando cobró la herencia de la madre contrató un ómnibus y lo llenó de cajas de Dom Perignon, hielo y putas. Durante un mes seguido estuvo de farra con sus amigos dando vueltas por todo el NOA, al menos así me lo contó el Juampa, el del medio, muy divertido, queriendo escribir un cuento con la ocurrencia de su padre biológico. La diversión le duró hasta que se enteró de que le reducía su mensualidad, como escarmiento, por festejar la irresponsabilidad de mal gastar un patrimonio. Lo hice para que se diera cuenta del valor del dinero. De la única manera que podía hacerle entender las cosas era a través de la plata.

Siempre fue el más remiso de los tres. La pelea fue constante. Quería ser artista, escritor o pintor, o las dos cosas. Batallé hasta el límite de mis fuerzas para que abandonara las actitudes irracionales heredadas del Zurdo y se dedicara a algo redituable, pero fue inútil. Un día se fugó con la troupe de un circo, enamorado de la equilibrista. Murió en Croacia, cuando se desplomó del trapecio.

El más golpeado por la conducta del padre biológico fue Daniel, el mayor. Cuando el Zurdo se lo llevó a vivir con él, inventó la infamia de que el chico le había contado que me sorprendió acostada con el Benito. Me costó mucho dinero, lo tenté con una y mil cosas hasta que lo convencí de lo perjudicial que era vivir con una persona como el Zurdo.

Cuando nos vinimos al Alto Valle, vivió muchos años a mi lado. En ese tiempo pude inculcarle los principios sólidos de la tradición, la familia y la religión. Se casó con una hija de inmigrantes. No era lo que yo pretendía para él, la veía poquita cosa al lado de nuestra familia, pero me resigné. Al menos le limitó la locura por las armas.

Sufrí mucho cuando se marcharon al norte, a un lugar cercano a Bolivia. Desde allí Daniel consiguió un contrato en un país árabe. Se fue solo, para instalarse y luego llevar su familia. Nunca llegaron a reunirse. Un caño, al desprenderse de la grúa que lo izaba, le perforó el pecho.

La muerte que más nos trastornó, al Benito y a mí, fue la de Hernán. Murió de sida, infectado por una prostituta que conoció en un burdel de Río de Janeiro en el viaje de fin de curso. Si hubiera sabido no lo habría autorizado a viajar. Por sus compañeros supe que de Río de Janeiro se fue con unos gitanos, junto a la puta, rumbo al Nordeste. De los tres, fue al único que pude educar desde chico de acuerdo con mis principios, sin la intromisión nefasta del Zurdo de quien lo aislé, pero no pude con su hado funesto.

Por años lo buscamos sin éxito. La repatriación de los restos fue complicada y me costó mucho dinero. Recién pudimos traer el ataúd seis meses después de la muerte. Como de costumbre el Benito se ocupó de todo. Siempre dispuesto él, dócil y sumiso; por actitudes como éstas fue que empecé a quererlo.

Me acuerdo que en Tucumán me seguía a todas partes y me condescendía en todo, hasta en los caprichos.

Después me sumé a la “Orga” donde él militaba. Me gustó de entrada porque respetaban lo nacional, la religión y la familia. De paso le hacía trinar los dientes al Zurdo, al que ya no soportaba. Íbamos juntos a todos lados y él, pobre, solícito para todo.

Cuando Rosinhia conoció al Paco, su marido, que era más joven que ella, de un solo plumazo se borró ocho años de edad. Claro que le costó sus dinerillos. Y no le salió más porque la empleada del Registro Civil que realizó la adulteración había sido compañera de ella en la primaria.

Lo conoció en un viaje a Europa. Ella iba a encontrarse con su amante del momento: el golfista; volaban en aerolíneas distintas para burlar a la mujer que se quedaba en Buenos Aires. El Paco iba a comprar cosméticos. Los adquiría a granel, los envasaba en Avellaneda y declaraba que los producía en el galpón del Parque Industrial de La Rioja. Con ello aprovechaba la exención impositiva.

Se vieron y fue un amor a primera vista, amor al dinero. La capacidad de generarlo que tenía cada uno se potenció en la pareja. Creo que ambos percibieron eso cuando se conocieron.

Al regreso Rosinhia vino urgente a verme a Tucumán. Me contó lo de Paco y la fábr-

ca de jugo de manzanas que estaba montando en Neuquén, con capitales de un viejo millonario de la zona.

Esa noche fuimos a cenar solas al Jagüel, “para arreglar cosas de familia”, le dijimos al Zurdo.

Rosinhia le había inventado al Paco una historia de ancestros patricios y de gran fortuna. A los postres se me ocurrió la estrategia: ella se casaría con Paco. Era la oportunidad de quedarnos con la fábrica. Para ello tendríamos que montar el escenario del casamiento acorde con el invento de Rosinhia. Necesitábamos, además, alguien confiable, sumiso, que en el futuro manejara la parte administrativa. Luego del casamiento de Rosinhia me divorciaría del Zurdo y me casaría con el Benito.

Una vez inaugurada la planta, mi hermana se integraría a la empresa para ayudarlo al Paco. Al tiempo deberíamos contar con la mayoría de las acciones y la presidencia. Ella sería la gran empresaria y yo la hermana pobre, víctima de un bohemio déspota como el Zurdo reivindicada por el alma noble del Benito.

El casamiento de Rosinhia fue espléndido. A un chucheta de Villa Nougues, venido a menos, le alquilamos un palacete que hicimos aparecer, ante Paco y su familia, como herencia del abuelo Batista.

En quince días remodelamos la casa paterna de la Ciudad. Lo que mayor esfuerzo nos demandó fue mantenerle la boca cerrada a nuestro padre y vestir decentemente a mi pobre madre deformada por la osteoporosis que, desgraciadamente, heredamos las dos.

El plan se ejecutó como estaba previsto. A los dos años de casada, Rosinhia era la Presidente del Directorio y, como lo planeamos, me casé con el Benito.

Por esa época, a Rosinhia, se le puso en la cabeza la idea de un hijo. Menos mal que entre todos la convencimos de que no era el momento adecuado. La empresa crecía a un ritmo vertiginoso. Mi hermana dirigía los negocios, el Paco se ocupaba de la dirección técnica de la planta y el Benito era el Gerente General y encargado administrativo del grupo. A los cinco años manejábamos más del cincuenta por ciento de la producción nacional de jugos de peras y manzanas. Habíamos adquirido otras plantas y arrendamos una en Mendoza. Allí fue cuando noté por primera vez en los ojos de Rosinhia un dejo de tristeza. Al tiempo, comenzó a llorar a escondidas y fue hundiéndose en una fuerte depresión hasta el día de su muerte.

Mirando fijamente las llamas de los leños del hogar de su casa en Centenario, me confesó que nada de lo que tenía le cubría la frustración de su vientre yermo, y ya era tarde. Ese día, en un documento privado, transfirió a mi patrimonio todos sus bienes, incluida la parte del marido que estaba a su nombre.

A la muerte de Rosinhia le siguió la del Paco. Fue en la explosión de una caldera de la planta probando una alarma que había inventado.

Años después murió el Benito. Todos dicen que de una sobredosis de trabajo por darme el gusto de redondear una cifra. Pero no fue así, fue obra del Zurdo. Se la tenía jurada desde que descubrió que éramos amantes. Se lo dijo en una mesa de La Cosechera, en Tucumán, sentados frente a frente y mirándolo a los ojos, con esa mirada diabólica que tenía. Me costó convencerlo de que no le haría nada. Cuán equivocada estuve. El Zurdo, contrariando su carácter ansioso y compulsivo, esperó pacientemente durante muchos años. Le conocía bien las debilidades al Benito, sabía de su predisposición a la depresión y de los intentos de suicidio con barbitúricos, además, siempre supo del manejo que hacía

con los fondos de la empresa de La Banda del Río Salí, donde trabajaba y el destino que le dimos al dinero de la venta de la casa de la “Orga”, la de la calle Maipú, que estaba a nombre del Benito.

Una mañana llegó a la fábrica un sobre negro sin remitente. La fecha del matasello era del veintiséis de febrero, lo recuerdo bien porque coincidía con el cumpleaños del Hernán. El destinatario era el Benito. En el interior había una tarjeta amarilla con la leyenda:

Tan sólo te quedan 366 días de vida

Después de la muerte del Benito advertí el detalle: el Zurdo había tenido en cuenta al comenzar la enumeración descendente que era un año bisiesto.

Aún recuerdo la cara del Benito cuando regresó del trabajo, blanca como la nieve. Al principio lo tomé como una broma macabra. Luego llegaron otros sobres similares con la cuenta regresiva de los días. Los lunes llegaban tres juntos, el de ese día, los del sábado y el domingo. Algo parecido ocurría luego de un feriado, como el lunes posterior a Semana Santa cuando llegaron cinco.

A medida que fueron transcurriendo los días, y a pesar de mis esfuerzos, el Benito se tornó melancólico y fue aumentando la dosis de psicofármacos y las horas de trabajo. Salía antes del amanecer y regresaba por la noche, inclusive los domingos. Solía decirme que con el trajín de la oficina se olvidaba de la amenaza. Los sobres negros siguieron llegando. No nos cabía duda de que el autor era el Zurdo, pero no podíamos demostrarlo. Me llamaba la atención su persistencia, siempre fue un inconstante.

Y llegó el 25 de febrero. El Benito se la pasó en cama todo el día. A las doce y un minuto de la noche, le hice notar que ya había pasado el día 366 y nada le había ocurrido.

A la mañana siguiente me levanté temprano y preparé su desayuno preferido. Se lo llevé a la cama como le gustaba. Era como si le estuviera festejando el cumpleaños. Cuando lo besé en la frente lo sentí helado.

El médico dictaminó: infarto masivo del miocardio.

Si hasta me pareció escuchar al Zurdo con ese estilo matemático que usaba cuando quería ser chocante: “Yo escribí ‘te quedan trescientos sesenta y seis días’. No aclaré en qué momento del trescientos sesenta y siete cagaría fuego”.

Te odio Zurdo. Nunca me pude sacar la espina que me dejaste clavada en el pecho.

—Vete de aquí, déjame sola, ¡hijo de puta!

—Perdón, Doctor, no es para usted el exabrupto, desde hace unos días que grita así —se disculpó la enfermera.

—No se aflija —acotó el abogado— ¿podría hablar con algún pariente?

—No tiene parientes, Doctor, es sola.

—Bueno, mañana le haré llegar a usted la orden para el traslado al hospicio.

Estos dos están confabulados para quitarme el dinero. Sólo yo sé cuánto hay en la cuenta suiza, porque es mía sola. Voy anotando cada peso que entra en esta libretita, las salidas no las anoto porque no extraigo nada. Es dinero que guardo para mi seguridad, por si me pasa algo. No quiero en la vejez ir a parar a un asilo. Todo el dinero está en esta libreta de tapas negras. Y no me la quitarán porque la tengo fuertemente apretujada en mis ma-

nos. No me la quitarán, no me la quitarán, no me la quitarán...

La luna llena baña de azul la nieve del Alto Valle. La enfermera se acerca a la anciana y le toma el pulso; luego, se dirige al teléfono:

— ¿Hola?, ¿Doctor?, por favor venga, La Señora ha fallecido.

Laphroaig: la hermosa concavidad de la amplia bahía

A Lucy, mi mujer

Era un 24 de Septiembre cuando el septuagenario General Antonio Felipe de las Mercedes Cárdenas asumió como Alcalde del pueblo. Los aplausos y los vivas de los más distinguidos pobladores le sonaban a inmortalidad.

Años ha, había tenido un sobresaliente desempeño en la batalla de Famaillá a las órdenes de Manuel Oribe. La acción más recordada y celebrada por sus acólitos era la pertinaz persecución a un grupo de hombres de Lavalle que huían hacia el pedemonte, donde el entonces Capitán Cárdenas les dio alcance y decapitó sin piedad “a los unitarios apátridas en salvaguarda de los sacrosantos intereses de la Patria”, según le gustaba repetir en cuanto la ocasión le era propicia.

El acto de ascensión coincidía con la festividad de la patrona del pueblo: la Virgen de la Merced.

Como era costumbre para esa fecha, en la plaza se montaba una feria y el grupo de Damas Piadosas organizaba un concurso de randas donde concurrían distinguidas mujeres de toda la zona a exponer sus obras.

En esa oportunidad, la hija del dueño de la fonda, Alhelí Brahim Meneses, presentó un trabajo que llamaba la atención por su tamaño, la armonía de los colores y el logro de una patética expresión en los rostros de seres desnudos torturados por dragones cetrinos.

Las Damas Piadosas se escandalizaron al ver semejante herejía. Consideraron que lo de Alhelí era una afrenta a la moral y al noble arte del tejido de randas. “Y bueno, qué se puede esperar de estos turcos sacrílegos”, sentenciaron las más conspicuas.

El jurado del concurso, conformado por gente decente, descalificó de inmediato la obra por inmoral, además dijeron “supera groseramente los veinte centímetros de diámetro establecidos por la tradición. Por otra parte, se han incorporado irreverentes colores en una actividad que se caracteriza por la pureza de los hilos blancos”.

La comisión de moral y buenas costumbres de la Alcaldía solicitó que las autoridades recriminaran a Semir Brahim por la conducta licenciosa de su hija y recomendaba que le impusiera un ejemplar castigo a fin de alejarla de esas prácticas impuras.

El flamante Alcalde, como primer acto de gobierno, llamó de inmediato a Semir y le advirtió que no toleraría bajo ninguna circunstancia acciones sediciosas y atentatorias contra el orden establecido y la moral del pueblo. Le ordenó, además, que ese mismo día la propia autora quemara en público esa muestra de indecencia y que, sin dilación alguna, la enviara a las clases de catecismo y tejido de randas que las Damas Piadosas dictaban en la iglesia.

Por no existir antecedentes, Cárdenas impuso a Brahim una multa consistente en la ración de un mes para las mulas del carro recolector de la basura, pero amenazó: —En el futuro, de repetirse hechos similares, la punición puede extenderse a la clausura de la fonda, la confiscación de sus bienes y, llegado el caso, hasta la expulsión del pueblo de usted y su familia.

Acompañada por su madre, Alhelí Brahim Meneses sufrió el escarnio de quemar la

randa en presencia de todos los concurrentes. Los golpes de las miradas censoras dieron de lleno en su rostro que se amorató por el odio y la impotencia.

Desde ese día, Alhelí fue confinada a permanecer en un mísero cuartucho de donde salía únicamente para realizar los quehaceres cotidianos de la fonda y asistir a las clases de las Damas Piadosas. Por las noches, rebelándose a la inquisición del pueblo, tejía extrañas randas que destejía en las madrugadas para evitar la represión de su padre. En cada punto del tejido le dolía el escarnio y su odio se hacía palpable en las figuras donde ejecutaba a cada uno de los habitantes del pueblo. Modesta López, una vieja criada que servía desde siempre en la casa, la visitaba a hurtadillas en el claustro y la consolaba contándole las historias que le gustaban a Alhelí desde que era niña. A menudo, Modesta, al verla sumida en silencios desgarradores con los ojos acuosos y el rostro petrificado, la alentaba tirando el Tarot y le hablaba de un caballo cruzando grandes mares de aguas profundas y azules. Reconfortada Alhelí, se abrazaban y lloraban soñando con la llegada del caballo de espada que sentenciaban los Arcanos.

Kenneth Scott llegó al pueblo en un atardecer de otoño, tiempo después del escarnio; montaba una mula negra llamada “La Golondrina”. En su equipaje traía un voluminoso cuaderno, plumas, un frasco de tinta negra azabache y un manojo de historias. De su cintura colgaba una exhausta cantimplora con restos de whisky de la lejana Escocia. En su rostro se evidenciaban dos cicatrices y los trazos de la cárcel inglesa donde había bebido el tormento de la segregación y la censura.

En lo de Semir Brahim, mientras esperaba por una habitación, prestó atención a los comentarios de los sorprendidos parroquianos sobre los hechos del día. Con el beneplácito y el apoyo de la gente decente, el Alcalde había mandado arrancar los naranjos de las calles del pueblo. Todo se cargó en carros y se despachó a incinerar en los hornos de Famaillá. Los cítricos descuajados fueron reemplazados por palmeras traídas de la Mesopotamia.

La acción había sido determinada por la honda aversión que le tenía Cárdenas al olor de las naranjas agrias. En las tardes, cuando el crepúsculo teñía de rojo los frutos, el militar se transfiguraba y terminaba vomitando exabruptos entre disparos de armas de grueso calibre. Cuando se calmaba, buscaba el baúl donde ocultaba celosamente una colección de relojes de oro suizos y se regodeaba con su tesoro.

Entrada la noche, Kenneth se dispuso a cenar. Al ingresar en el comedor lo sorprendió la belleza de la mesera que contrastaba con el sórdido ambiente de la fonda. Los trazos categóricos de sus vertientes ancestrales eran inocultables. En su rostro trigüeño, guarnecido por rizos azabache, centelleaban dos llamaradas verdes en las que se adivinaba el ímpetu de sus razas. Sus labios encendidos convocaban al delirio.

Alhelí atendía las mesas con displicencia cuando, en el fondo del salón, descubrió el azul profundo del Mar del Norte en unos ojos que la observaban. Aquella mirada la conmovió hasta la ternura: conocía bien esa soledad. Pensando en el caballo de espada del Tarot de Modesta, sus pasos, obedeciendo al impulso de un reclamo atávico, la llevaron hacia el recién llegado.

Un desasosiego ganó a Kenneth al ver esa alucinante mezcla de serafín y fuego que se acercaba.

—¿Ya lo atendieron, señor? —preguntó amablemente Alhelí.

—No, todavía no.

—¿Qué le gustaría servirse?

—Un guiso de chalonga, por favor.

—¿Y de tomar?

—Vino tinto, por favor.

A los postres, Kenneth se relamió con un quesillo de cabra con miel de caña.

—¿No quiere un bajativo? —insinuó Alhelí—. ¿Un tecito de coca?

—No, té no, gracias. Pero no vendría mal un whisky.

—No, no hay de eso...

—Qué lástima —se lamentó Kenneth—. Un buen trago me reconfortaría de las penurias del viaje. —“Y del exilio también”, pensó.

—A ver... espere un ratito.

Mientras trataba de recordar el paradero de la caja de cedro, que vaya a saber quién había descargado de un carretón que pasó hacia La Corona, Alhelí cruzó con marcha ansiosa los gastados baldosones de barro cocido arrumbando hacia el centro del mostrador. Al ver a su padre ensimismado en la recaudación del día se dirigió a la cocina. Un extraño presagio la llevó al atillo de la acemilería. Buscó y rebuscó entre fardos de alfalfa, bolsas de avena, bloques de sal, arneses y monturas hasta que, al final, detrás de una vieja y abandonada mecedora vienesa, apareció la ansiada caja. Con frenesí le sacudió el polvo, la repasó con su delantal y descubrió el contenido.

De regreso en la fonda la desilusión le ahuecó el alma al comprobar que el escocés se había marchado.

Kenneth sintió que su cuerpo comenzaba a ceder ante el trajín del viaje y se marchó del comedor. En su pieza se tiró en la cama y no pudo evitar pensar en Alhelí. Esa morocha, tan distinta a las mujeres de su lejana Island of Islay, lo había conmovido; con esos pensamientos fue adormeciéndose. Unos tenues golpes en la puerta lo retornaron del sueño, al abrir se estremeció al contemplar la figura de Alhelí que, sonriente, le ofrendaba una caja de cedro. Al abrirla, Kenneth se encontró con seis botellas de Laphroaig de The Isle of Islay y dijo: —Laphroaig, en el lenguaje de mi tierra, quiere decir la hermosa concavidad de la amplia bahía.

De su equipaje extrajo una botellita con agua de los manantiales de Escocia.

En el silencio de la complicidad el fantasma del Laphroaig los envolvió en un espacio insinuante de comprensión y ternura, como niños desnudaron paisajes postergando sus angustias y miedos. Con hilos de ilusión Alhelí tejió randas que flotaban en el tiempo y el negro azabache de la tinta de Kenneth saturó el aire con una pátina de luces de colores. El aguamanil ejecutó el Adagio de Albinoni y pétalos de rosas descendieron del techo llenando el cuarto de caricias y besos. Como un volcán estallaron y se esparcieron en un universo de lágrimas y risas que los hizo eternos.

Antes que cantara el gallo Alhelí buscó a Modesta López para despedirse. La vieja criada, emocionada, la abrazó y le dijo al oído: —Se está cumpliendo la sentencia del Tarot. Ve tranquila, ha llegado el caballo de espada.

Desde la acemilería, cuando el sol teñía de rojo los frutos del naranjo del patio, los vio partir montados en la Golondrina con los hilos de las randas, el cuaderno y el frasco de

tinta.

Cuentan los viajeros que al General Antonio Felipe de las Mercedes Cárdenas, un carricoche español le cercenó las piernas en el mismo lugar donde Alhelí quemó la randa y ahora llora en público ante su colección de relojes suizos y ya no le saben a inmortalidad los aplausos y los vivas de sus acólitos.

El olor de la vida

Modesta López olió el lienzo y preguntó para sus adentros: qué sábanas impregnará ahora con sus sudores mi niña. En ese instante, supo que también ella debía partir.

Había servido en esa casa desde que su padre la entregó a Semir Brahim para que la criara. Todavía recordaba el temor que le producía el hosco silencio del sirio en el viaje.

Cuando Amanda Meneses la vio durmiendo en posición fetal sobre un pelero, la tomó en sus brazos y se estremeció al sentirle la piel pegada a los huesos y el miedo injertado en los ojos. En la cocina, luego de asearla, la sentó en sus faldas y le dio de comer tratando, con ternura, de sacarle el espanto de la mirada. Semir Brahim al ver la escena, le recordó que había traído a la ishire para que se ocupara del trabajo de la fonda y de la casa.

Con el tiempo, Modesta fue aprendiendo y haciéndose dueña de las labores cotidianas.

Antes del amanecer se la veía avivando el fuego y preparando las mesas para el desayuno. Luego traía las verduras y la mercadería de la despensa, cosechaba las hortalizas de estación y mataba los animales para el menú del día. A media mañana, cuando la comida estaba en marcha, limpiaba las habitaciones. A las doce servía el almuerzo y luego de limpiar la cocina partía al río donde se entretenía oliendo la ropa antes de lavarla. Había descubierto que en el olor de las prendas podía conocer las vidas de quienes las habían usado. Los manteles le contaban las historias de los comensales; las fundas de las almohadas hablaban de sueños, dolores, frustraciones y amores casuales de los viajeros. Así llegó a conocer como nadie la vida de la fonda y de la casa.

De las sábanas de Semir y Amanda, entre el olor a exudación de ajo y cebolla, salía un espeso vaho de opresión. De un lado percibía la resignación y la claudicación de los sueños; del otro, la incomprensión y la violencia. Con esos mismos lienzos se estremecía al oler la vejación y las garras de un ave de rapiña que le enajenaba las entrañas.

Por las tardes planchaba ropa y a eso de las cinco comenzaba a preparar la cena. Al atardecer regaba la huerta y atendía los animales domésticos y de carga.

Dos veces por semana sacrificaba un chanchó; la tarea la realizaba con tal maestría que los hombres solían rodearla para observar la faena. El instrumento letal eran unas gruesas agujas de acero con las que, en el invierno, tejía unas hermosas mañanitas.

Antes de despenar al marrano, afilaba los improvisados estiletes en una piedra cóncava de la cocina hasta dejarlos con las puntas penetrantes. Amarrado el puerco, elegía la aguja más filosa, se acercaba al animal por la cabeza, desde el lado de las patas y, cuando el índice de su mano izquierda encontraba el vacío, le perforaba el corazón con un ida y vuelta de la aguja que parecía un refucilo rojo. En una olla de barro recogía la sangre para preparar chanfaina. Con agua hirviendo y con una bolsa de arpillera depilaba la piel del porcino, chaireaba la cuchilla y, con escisiones certeras, despostaba al animal; luego, con satisfacción, exhibía los cortes prolijamente colgados en la ganchera de la despensa.

Por las noches, después de dejar la cocina lista para el otro día, tiraba las cartas a los pensionistas de confianza en el altillo de la acemilería. Por estos favores recibía algunos dinerillos que guardaba en un cofrecito de madera ocultándolo de la codicia de Semir Brahim.

La noche en que Amanda abortó, Modesta supo por el olor de los trapos sanguinolentos que la criatura era un varón y que la causa del malparto fueron los golpes de Semir. Desde ese día, las prendas de Amanda Meneses entraron a un mundo yermo de olores indiferentes e ingrátidos. Con las manos entrecruzadas sobre el vientre vacío, solía sentarse en una mecedora vienesa y allí se quedaba, frente al muro blanco de la acemilería, susurrando una canción de cuna que sólo la criada alcanzaba a escuchar.

La espalda de Modesta cargó desde entonces con todo el trabajo y la responsabilidad de atender la fonda y la casa. Nunca se le escuchaba una queja; sonriente y tarareando iba y venía por toda la hacienda. Sólo una cosa la perturbaba: la miraba libidinosa de Semir posándose sobre sus nalgas.

La luna onduló la silueta de Semir sobre las paredes bolseadas de la acemilería. Modesta, desde su cama, escuchó los pesados pasos que se acercaban y se le erizó la piel, el gemido de los goznes de la puerta la paralizaron. Con espanto vio volar las cobijas y olió el jadeo caliente de ajo y cebolla. En un instante quedó desnuda y asfixiada por el peso de Semir. Cerró los ojos y sus uñas rasgaron las sábanas cuando el bálamo ardiente, en seco, le desgajó la vagina. Mordiéndose soportó las convulsiones del sirio hasta que quedó exhausto, sobre ella, chorreando sangre y semen.

Cuando Modesta lo sintió roncar, sigilosamente quiso liberarse de la pesada carga, pero el árabe despertó y calentándose nuevamente la sometió a sus instintos ancestrales.

Desde ese día, Modesta impregnó de olor a leche tibia las prendas que rozaban sus pechos.

Apenas Semir se percató del engrosamiento de la cintura, no tuvo dudas de su paternidad y obligó a la ishíre a tirarle las cartas.

—Pregunte a las cartas qué es la criatura —ordenó Semir.

Modesta talló la baraja y pidió a Semir que cortara con la izquierda.

Acomodó las primeras cuatro en cruz. A la quinta la colocó en el hueco del medio. A cada una de las que conformaban los brazos de la cruz le tiró tres más al lado.

—El primero de sus hijos es un varón —dijo Modesta, mirando fijamente las cartas tendidas sobre el mostrador.

—Y qué más —insistió el sirio.

—El segundo es una niña y perdóneme, don Semir, hoy no se puede seguir tirando —dijo Modesta recogiendo las cartas y armando de nuevo el mazo.

El árabe se sintió satisfecho, el vástago sería anotado en la iglesia como primogénito del matrimonio. Desde ese día ocultó a la ishíre de la vista del pueblo y de los viajeros.

El día del alumbramiento Modesta se encaminó al río y parió una niña.

—¡Sharmut!, engañaste a Semir.

—Yo no lo engañé don Semir.

—Y ésto, ¿qué es? —preguntó el sirio encolerizado, señalando con el dedo a la criatura.

—Una hermosa niña don Semir.

—Con las cartas dijo que sería varón.

—Las cartas no se equivocan don Semir, su primer hijo era un varón.

Sin comprender, el sirio se quedó mirándola.

—Sí, don Semir, su primer hijo, el que malparió doña Amanda.

A la niña la bautizaron como Alhelí Brahim Meneses. Modesta vivía para ella y durante años le dedicó las mejores atenciones, sobre todo después de la muerte de Amanda Meneses que murió de tristeza. Semir no le prestaba ninguna atención, ni a la niña, ni a la ishire. Había perdido interés por todo aquello que no fuera incrementar su patrimonio.

Cuando las campanas repicaron anunciando el mediodía, modesta afilaba las agujas en la piedra cóncava de la cocina.

—¿Va a despenar al chanco, sharmut? —interrogó hiriente el sirio.

—Sí, don Semir..., un cerdo grande.

A las dos de la tarde el sirio se fue a dormir la siesta. En la acemilería Modesta ensilló al peruano de paso; en las alforjas puso sus pocas pertenencias y el cofrecito con los ahorros logrados con las cartas y otros favores que prestaba a los pasajeros.

Cuando terminó de alistar sus petates entró en la cocina y eligió la aguja más penetrante.

Con el índice de la mano izquierda buscó, sigilosamente, el vacío. Cuando lo palpó, con un ida y vuelta de la aguja le perforó el corazón.

—¡Sharmut! —gritó Semir, con los ojos teñidos de impotencia y tratando de contener la vida que se le escapaba, a borbotones, por el ojal rojo abierto en su cuello. Quiso incorporarse y cayó al pie de la cama regurgitando sangre.

Modesta montó en el peruano rosillo y se marchó rumbo al oeste, por el camino que lleva a Alpachiri.

Cuentan que en Las Estancias, en el paraje Agua de las Palomas, solía verse a una dulce viejita tejiendo hermosas mañanitas con unas gruesas agujas de acero.

El abalorio perdido

A la memoria de Flash Gordon, Tarzán y Misterix. A los piratas Francis Drake, Morgan e Hipólito Bouchard. Al hombre de la Bolsa. Al Cuco. A la Ciudad del Barco. A las lagartijas: esos animalitos que vuelan bajito. Al gol de Maturana. Al Bar y Billares de Bertelli. A la tabla del uno. Al Cine de Villa la Trinidad. Al Sportivo Trinidad y al pretérito pluscuamperfecto del verbo soñar.

Me asomé a través del vidrio redondo de la puerta y vi a Adela Pérez Tartta con sus adiposidades rebalsando por los costados de la silla. De ambos brazos, balanceándose, le colgaban dos placas de piel flácida como orejas de elefante. Su mirada trataba vanamente de calinar su anorgasmia.

Aun cuando no estaba establecido, los otros miembros le cedieron tácitamente la presidencia del tribunal.

De pie, junto a la pesada mesa del Claustro, Honorio Romero examinaba con ansiedad los folios. Con su afilada nariz como puntero, husmeaba entre las polvorientas líneas de los expedientes. Cuando algo le molestaba indicaba con berrinches sus desacuerdos. De a ratos dejaba los legajos y caminaba por la sala frunciendo el ceño y entrelazando las manos sobre sus glúteos. En esos momentos se hacía palpable la avenencia entre su desmirriada figura y el fastuoso recinto. Luego, antes de seguir con la revisión de los pliegos, se paraba frente a Adela y con una genuflexa sonrisa, solicitaba una innecesaria venia para proseguir con la tarea.

Juan Rojas iba desde su silla hasta el extremo de la sala donde trataba, infructuosamente, de asomarse por una ventanita pequeña y alta. Desde allí volvía preocupado. Vestía un traje impecable. Su esbelta y pulcra estampa contrastaba con la de los otros miembros. En la comisura de sus labios llevaba grabado el rictus permanente de una sonrisa de conveniencia.

Los tres eran especialistas en impartir enseñanzas. Habían pasado años capacitándose en técnicas para formar gente que a su vez enseñaría a otros cómo enseñar a enseñar. Después de algunas generaciones sublimaron el oficio y ya nadie se preguntaba qué enseñaban.

Marginalmente, habían creado un lenguaje específico que sólo entendían los miembros de exclusivos cenáculos de la disciplina y grupos directamente ligados a ellos.

Presentí que la espera sería larga. Un asiento de madera de algarrobo hizo menos insensible el hormigón del pasillo. De vez en cuando pasaba algún empleado que me desahuciaba con la mirada.

Los visillos del Decanato dejaban traslucir la figura de L.V. Mansilla, ocupado en su añeja rutina de enhebrar abalorios moriscos que hacía importar de España.

La tarea de L.V. había generado la creación de otros grupos. Uno de ellos era el de Técnicas de Unión de Piolín de Collares, cuyos servicios usaba el Decano cada vez que terminaba un carretel. El grupo se encargaba de unir la ristra nueva al resto del enhebrado. Era asombroso ver cómo empalmaban una a una las hebras de los piolines y lograban una unión perfecta. Periódicamente publicaban los resultados en revistas de la especialidad, escritas en inglés.

Otro grupo se había especializado en la construcción de recipientes adecuados para guardar el enhebrado. Primero se diseñaron cajas, luego anaqueles para poner las cajas, después se hicieron estructuras de varios pisos para los anaqueles y, por último, silos subte-

rráneos donde se lo guardaba a granel. Pero el grupo de investigación más importante era el que buscaba el principio del enhilado. Todos conocían dónde podían encontrar el último abalorio enhebrado, sólo bastaba con llegarse al Decanato. Sin embargo, nadie sabía dónde estaba el primero. En todos los ámbitos se comenzó a hablar del síndrome del abalorio perdido. Sin él nunca se podría cerrar el círculo. Así sólo era una simple ristra y nunca sería collar. A partir de esa situación se creó el Grupo de Investigación para la Búsqueda del Abalorio Perdido.

Al comienzo se lo buscó en el ámbito de la Facultad, luego en todo el Campus de la Universidad. Ante los resultados adversos, la búsqueda se extendió a los edificios de otras dependencias universitarias. A partir de allí se comenzó a conjeturar que el abalorio perdido podría estar en terrenos ajenos a la casa de altos estudios. La sospecha se fundaba en la creencia de que L.V. había comenzado la tarea antes de ingresar a los claustros. Habría entonces que buscarlo en los extramuros de la Universidad.

Debido a la sistemática indiferencia del medio externo a las indicaciones que se le impartía, los claustros universitarios no deseaban involucrarse directamente con la comunidad. Por ello, se llamó a concurso para proveer un cargo de Profesor, con Dedicación Exclusiva, que ejerciera la función de vinculación con la colectividad exterior.

Y allí estaba yo, con mis experiencias externas, sentado en un banco que las horas iban endureciendo.

De pronto se abrió la puerta y salió Juan Rojas saludándome sonriente y deshaciéndose en culpas. Me dispuse a entrar al recinto pero, con gesto amable, Juan me detuvo diciéndome que la entrevista sería más tarde, que me pedía las disculpas correspondientes por la espera, pero que, a solicitud de Adela, tenían que seguir estudiando los antecedentes y los planes de trabajo.

Regresé al mudo asiento de algarrobo. A partir de allí descubrí un cometa de barro en uno de mis zapatos y monstruos marinos que libraban formidables batallas en la humedad de las paredes. Me agaché y miré debajo del banco; al fondo, en la penumbra de la arista del zócalo y el piso, entre las pelusas, descubrí un abalorio morisco olvidado por la escoba. Con disimulo miré alrededor, me arrodillé, alcé la cuenta y la guardé en el bolsillo del saco.

Una vez más fui al baño a inventar la nada y sólo logré hacer menos silencioso el tedio. De regreso al banco, saqué el abalorio, busqué un piolín, encontré una hilacha en el ruedo del pantalón y me entretuve jugando a enhebrar y desenhebrar la cuenta.

Me levanté y apoyé la frente en el vidrio redondo de la puerta. Seguían impertérritos. Honorio abría los brazos inclinando la cabeza, sumiso, como bailarín de ballet saludando al público. Juan retiraba cuidadosamente las pelusas de la manga de su saco. Adela, ausente, miraba el pizarrón borrado con cara de decisión tomada. Los pelos cenicientos y sebudos le caían hasta el abdomen desparramado entre sus muslos. Juan se ajustó el nudo de la corbata y vino hacia la puerta, la abrió y dijo:

—Podés pasar.

Entré y saludé cortésmente.

—Hola —dijo Adela de espaldas—, hacía mucho que no te veía.

—Sí, así es, hace ya muchos años que no nos vemos —le dije.

—Por qué no nos cuentas tu experiencia específica en la disciplina para la cual se subs-tancia el concurso —propuso Honorio.

—Soy buscador de “tapaos” —contesté.

—¿Cómo? —dijeron los tres al unísono.

—¿Desde hace cuánto? —preguntó extrañado Juan.

—Desde que era chico.

—¿Y cómo es eso? —husmeó Honorio.

—Sí, allá en el sur de Tucumán, el día que decidí zarpar por esos mares cenicientos de tierra y carbonilla de ingenio azucarero. Era la hora de la siesta, momento adecuado para realizar incursiones exploratorias que aproveché para escapar de la tortura de memorizar las tablas de multiplicar, salvo la del uno que hasta el día de hoy es mi preferida. Ese día descubrí las lagartijas, esos animales que vuelan bajito y encontré innumerables tesoros en los fierros y cosas abandonadas a la vera del camino. Y así empecé.

—El ejercicio del cargo implica la formación de alumnos del Ciclo Básico. Describinos la metodología a usar—exigió Adela.

—Como primera y única medida, aboliría las clases magistrales. Les propondría a los alumnos que aprendan con el método de la prueba y el error, como el que usan para aprender a jugar con las computadoras y lo hacen tan bien, a bajo costo. Les sugeriría que jueguen, que siempre jueguen. Que nunca pierdan la esencia lúdica de la vida. Que rescaten la parte irracional del hombre, los fantasmas y los sueños. Que no maten al niño.

—¿Y entonces?, ¿cómo harían para encontrar el abalorio perdido? —interrogó Honorio.

—El primer abalorio está aquí adentro, nunca salió; algunos tramos pueden estar desparramados por afuera, pero el primigenio está en este recinto.

—¿Y cómo lo sabés vos? —dijo molesta Adela.

—Porque soy buen buscador de “tapaos” y conozco la historia de L.V.; a los alumnos hay que alertarlos que si no aparece pronto el abalorio perdido, los perdidos serán ellos y la única manera de encontrarlo es jugando.

—No me parece el ámbito ni momento adecuado de la carrera para enfrentarlos con la realidad; si casi son unos niños —sentenció Adela.

—Sí, y en corto tiempo serán la resaca de los hipermercados —contesté.

—Propongo un cuarto intermedio para tomar un café y comer algo —propuso Juan.

La aceptación fue unánime.

Adela le pidió a Honorio que la acompañara a la biblioteca.

Salimos. Por el pasillo ella se movía lentamente. A cada paso los glúteos le temblaban, acompasados, como coliflores gigantes de gelatina.

Con Juan nos quedamos en la cafetería.

—Todo lo que has dicho es cierto pero no era el lugar ni el momento para decirlo. Vos sabés cómo es esto de los concursos —me recriminó Juan.

—Sí, tenés razón, pero cuánto pagarías vos por tener la oportunidad que tuve hoy.

Juan se quedó en silencio un momento y luego agregó:

—Como imaginarás, el resultado está cantado. Esto es como un traje de confección: ya está hecho, te lo ponés o lo dejás.

Lo miré.

—Se te enfría el café —le dije—, y gracias por el consejo.

Lo que siguió después fue sólo un formalismo.

Cuando salí, vi a L.V. a través de los visillos, envejecido y encorvado enhebrando su ristra, sin importarle el abalorio perdido. Me detuve a observarlo. Sólo unos pocos sabíamos que el primer abalorio lo había enhebrado sentado en el banco de algarrobo de este pasillo, esperando su turno de exposición en el concurso que le permitió el ingreso, como docente, a esta Facultad.

El pasillo se hizo estrecho y oscuro. Me sentí embadurnado con una melaza viscosa y nauseabunda. En la calle saqué el abalorio del bolsillo y me fui, feliz, enhebrándolo y desenhebrándolo, jugando a inventar poemas circulares.